

LAS BROMAS DE LAS MUJERES.



RELACION JOCOSA Y VERÍDICA

de los tragi-cómicos azares que ocasionan en sus casas las mujeres amigas de bromas y jolgorios, sin atender al corto jornal que ganan sus pobres maridos

PRIMERA PARTE.

Hoy pretende mi rudeza á mi auditorio explicar lo que hacen las mujeres cuando salen á comprar. Hablaré de las casadas, las de corto zagalejo, con la mantilla caída y de mediano gracejo. Estas salen á las ocho á la plazuela á comprar, llevan la cesta en el brazo, y á otras suelen encontrar. Aun cuando no se conozcan se salndan cortésmente,

y dicen: vamos, vecinas, á beber el aguardiente. Dice la más descocada: —Eche usted unas copitas, porque estoy más asustada que las ánimas benditas. —¿Qué tienes, dice la otra, que estás tan acongojada? —Te lo diré si me escuchas, palabra sobre palabra. —Sí, mujer, dí cuanto quieras, que yo me alegraré mucho; de saber cuanto te pasa es todo mi mayor gusto.

—Pues ya que me das licencia.  
has de saber, Marianita,  
que el bribon de mi marido  
me tiene la sangre frita.  
Con la mujer del cabrero  
gasta todo su jornal,  
y como es corto, no podemos  
satisfacernos de pan.  
Si no fuera por mis mañas,  
que le sé coger las vueltas  
para hablar con mi querido,  
ya estaria de hambre muerta.  
Este es un gallardo mozo;  
pero aunque no tiene oficio,  
solamente su presencia  
tiene mi afecto propicio.  
El me trae de la casa  
de sus padres cuanto puede,  
y regala á mi vecina  
porque avise cuando viene.  
Yo no sé por qué persona  
mi marido lo ha sabido,  
que lo mismo que un demonio  
de continuo está conmigo.  
Diariamente una peseta  
me da para comprar,  
y esta quiere que alcance  
para comer y cenar.  
Para almorzar ¿sabes qué hago?  
si no viene mi querido,  
unas sopas y un torrezno  
y medio chico de vino.  
—Pero mujer, ¿no bebemos?  
vaya otra ronda, Juliana.  
Esta dice: eche usted copas  
y dos bizcochos por barba.  
Responde la Micaela:  
—Si no lo tomas á enojo  
no dejaré de decirte  
que lloras con solo un ojo.

Tu marido no es tan malo  
pues tanto te maravillas:  
no hay dia que el mio á m  
no me sobe las costillas  
Si el mio á mí me entregara  
una diaria peseta,  
no me habia de ganar  
ninguna á estar petrimetra.  
—Yo no soy tan desgraciada.  
replicó la Micaela  
tengo buen palmo de cara  
y no falta quien me quiera.  
Y por último, señoras,  
hasta ahora no hemos bebido;  
échese por mí una ronda  
y vengan todas conmigo.

Todas pagaron tres veces  
antes de ir á comprar,  
y dan palabra á Micaela  
que la han de acompañar.  
Salen todas en tropel,  
en amor y compañía,  
y en seguida se metieron  
en una buñolería.  
Dos libras mandan sacar  
con palabras imprudentes,  
que la fuerza del licor  
ya las tenia dementes.  
Comiéronlos sin saber  
mirándose unas á otras,  
y hablando casi en francés  
dicen: ¿quién hará las compras?  
Da el reló las diez y media  
y se fueron á comprar,  
y la que gastó los cuartos  
se ha tenido que empeñar.  
Dejemos en este estado  
esta primera plana,  
que en otra segunda parte  
la daré finalizada.



## SEGUNDA PARTE.

Dije en la primera parte  
 cómo fueron á comprar  
 cada cual por su camino  
 con incomparable afán.  
 Lo más caro y lo peor  
 toman sin regatear,  
 sin mirar que su marido  
 gana muy poco jornal.  
 Este sale al ser de día  
 y dice: mira, mujer,  
 por Dios, que á las doce en punto  
 he de venir á comer.  
 Viendo esta que son las once,  
 por no tener desazon,  
 corriendo enciende la lumbre  
 echando doble carbon.  
 Garbanzos, carne y tocino  
 echa á un tiempo en el puchero,  
 sin fregar por no acordarse  
 si lo ha hecho primero.  
 Tanta prisa le da al fuelle,  
 que se olvida de quitar  
 la espuma que hace la carne,

porque la echó sin lavar.  
 Pica al punto la verdura,  
 dan las doce menos cuarto,  
 y con un papel de estraza  
 limpia cucharas y platos.  
 Al fin ya viene el marido,  
 y ella que le vé entrar,  
 dice:—ahora llega la mia,  
 y así le principia á hablar.  
 --Malhaya sea el tendero,  
 que me ha dado unos garbanzos  
 lo más caros y más duros...  
 no hay lumbre para ablandarlos  
 Apenas tú te saliste,  
 cuando los puse á cocer,  
 y aunque quieras á su tienda  
 otra vez no he de volver.  
 De manera, hombre, que estoy  
 enteramente aburrída,  
 que no he podido hacer más  
 que atender á la comida.

El marido le responde:  
 —Has atendido muy bien,

¿No te dije que á las doce  
 habia de venir á comer?  
 Pon la mesa y vamos pronto,  
 que yo me voy á marchar,  
 y sin comer no me voy,  
 que tengo que trabajar.  
 —Deja, le echaré la especia  
 y unos granitos de sal,  
 mientras tanto en el plato  
 la sopa puedes cortar.  
 Ya remojaron la sopa  
 y han principiado á comer,  
 cuande notan de que el caldo  
 amarga como la hiel.  
 —Mujer de dos mil demonios,  
 ¿dónde tienes el sentido?  
 ¿te has empeñado en estar  
 en campal guerra conmigo?  
 Esto no es para cristianos,  
 al punto esas sopas quita,  
 y por que nadie las vea  
 échalas en la garita.  
 Los garbanzos en la olla  
 todos se habian pegado,  
 que la fuerza de la lumbre  
 los habia asocarrado.  
 Viendo esto el marido,  
 todo falto de paciencia,  
 olla, comida y cucharas  
 se lo tiró con viveza.  
 Y un hueso de la carne  
 como era de la cabeza  
 se le ha clavado en un ojo

cayendo al suelo traspuesta.  
 Maldiciendo su fortuna  
 se fué el pobre á trabajar,  
 y ella volviendo en su acuerdo  
 ha empezado á gritar: *¡D!*  
 —Favorecedme, vecinas,  
 que me mata mi marido,  
 llamen la justicia y esta  
 que lo ponga en un presidio.  
 Acudé la vecindad,  
 y viéndola ensangrentada  
 la dicen:—¿por qué ha sido esto  
 y ella responde:—por nada.  
 Llaman por fin al alcalde,  
 y con él al cirujano,  
 y atajándola la sangre  
 á su marido llamaron.  
 Este dando su descargo  
 en buena declaracion,  
 por curarla, al cirujano  
 tuvo que darle un doblon.  
 Al alcalde tres ducados,  
 al ministro una peseta,  
 y por último remate  
 se quedó la mujer tuerta.  
 Esto sucede á menudo,  
 nadie lo puede dudar  
 ¿Qué haya hombres viendo esto  
 que se atrevan á casar?  
 Ojo alerta, caballeros  
 tomar en esto dechado,  
 mientras suplica el perdon,  
 su autor, Pablo Cruzado.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.